MANUEL LINARES RIVAS

La razón de la sinrazón...

QUISICOSA

en un acto y en prosa, original





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1913

LA RAZON DE LA SIN RAZON...

LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN...

QUISICOSA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 24 de Mayo de 1913



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANGUSTIAS	María Palou.
CATALINA	Julia Martínez.
JUANA	Carmen Villa.
VICENTE	Pedro Zorrilla.
SATURNINO	Juan Bonafé.
GABRIEL	Manuel González.

Las señoras vestirán traje escotado, de comida y luego van al Real. Los hombres de frac.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Una salita bien puesta y elegante. En una mesa un jarro con claveles. Cuando no sea tiempo de claveles se sustituyen con otras flores y en el diálogo se cambia la palabra por la que corresponda. —Es de noche.

ESCENA PRIMERA

JUANA y SATURNINO, por el foro

Juana Pase usted, don Saturnino. (Entra.) Haga usted el favor de sentarse. Y tenga usted la amabilidad de aguardar un momento; porque el señor está tirando.

Sat. ¿Tirando de qué?

Juana A las armas, al florete. Es una novedad que hemos traído de la aldea.

Sat. Ya me contaron algo, pero creí que exageraban, porque no acierto á explicarme un cambio tan radical en su manera de ser.

Juana Ni nadie. Antes, el señor era un santo, muy bueno y muy pacífico; y ahora es también un santo, pero un santo guerrero. Se arregló una habitación, llena de sables y de caretas, y allí se pasa las tardes con unos amigos. Por cierto que están acribillados á golpes..

Sat. Eso no me sorprende. Los amigos verdaderos están acribillados siempre.

Juana Pero es que estos se pegan de lo lindo. Yo no sé qué gusto le sacan á zamarrearse de ese modo... La otra tarde armaron un escán-

dalo fenomenal. Por lo visto, el señor, que tiene la mano dura...

Sat. ¿Cómo lo sabes?

Juana Por el árnica que piden los otros.

Sat. ¿Solamente?

Juana Solamente. El señor es muy formal y muy serio: en eso no hay esperanza ninguna en esta casa.

Sat. La mía. Preciados, 14... Te dejo esa idea. Y concluye el cuento.

Juana Pues por lo visto, el señorito, á otro señorito, le dió un sablazo muy grande.

Sat. Muy fuerte.

Juana Es igual.

Sat. No, no. ¿Dónde fué?

Juana Entre el cuello y el hombro.

Sat. ¿Lo ves? Los sablazos grandes son entre el bolsillo y la cartera.

Juana Aquí no hay apuros de dinero; al contrario... Bueno, pues disputaban muy furiosos y con unas voces tremendas; yo creí que era por el golpe, pero no, era porque se lo dió en segunda y decían que debió dárselo en tercera... ¡A mí me dolería lo mismo en tercera que en segunda!

Sat. Pero á ellos no. Es una diferencia artística que me la explicaba perfectamente un profesor de equitación diciéndome que valía más caerse con todas las reglas del arte que no agarrarse al caballo sin regla ni elegancia ninguna.

Juana Sería muy profesor, no se lo niego, pero á mí no me convence.

Sat. Porque no le concedes importancia á los gestos y á las aptitudes, y tienen un valor definitivo en la estética. No lo olvides, que en una mujer guapa esos detalles son interesantes... y apreciados.

Juana Catorce; ya me lo dijo usted.

Sat. Veo que se puede confiar en tu memoria.

Juana (Advirtiendo.) El señor. Con su permiso. (Mutis por foro.)

ESCENA II

SATURNINO y VICENTE, por izquierda

Vic. (Con americana y una gran tohalla al cuello.) Hola, Saturnino.

Sat. Buenas noches, Vicente.

Vic. ¿Vienes á comer con nosotros?

Sat. Sí. A reanudar nuestros jueves.

Vic. Muy bien. ¿Te hice esperar? Dispensa. Estaba con el Barón de San Guillermín... ¡le he tocado tres veces!

Sat. Vaya un gusto...

Vic. ¡Hombre, pasa por ser uno de los aficionados más temibles de la espada!

Sat. ¿Pero tú te has vuelto loco, Vicente?

Vic. ¿Loco? Jamás he dado pruebas de mayor sensatez.

Sat. Ya no eres un niño, que los cuarenta no los cumples, y dedicarte ahora á profesional de los deportes, no me parece bien. La gente se ríe de ti.

Vic. Y como tú no sabes lo que yo me río de la gente, pensarás que es ella sola á burlarse. ¿Has leído que ayer gané una copa de plata?

Sat. Sí, sí...

Vic. ¿Y que el miércoles próximo celebraremos un gran asalto? San Guillermín y yo, á florete. Y ganaré yo. ¡Aun tengo el pulso firme y aún tengo buena mano!

Sat. No lo he leído, pero lo sabía.

Vic. ¿Lo sabías?

Sat. Sí; por tu criada. Y entre paréntesis, ¡es guapa!

Vic. Lo es. Pero oye, Saturnino, entre paréntesis también; déjala estar...

Sat. Dejada. Y volvamos á lo tuyo. Te admito que por salud y por higiene montes á caballo y frecuentes las salas de armas... ¿pero hacer competencia á los muchachos en el tiro de pichón?... Créeme, Vicente, no es razonable á tu edad. Si estuvieras metido en esa vida, pase que la continuaras, pero empezarla á tus años no, Vicente, no.

Vic. ¿Y quién te ha dicho que voy por lucro, por vanidad ó por moda?

Sat. Entonces... ¿tienes un motivo?

Vic. Sí.

Sat. Te creo, porque los hombres siempre tienen un motivo para ponerse en ridículo, menos con las mujeres, que nos ponemos en evidencia sin necesidad de motivo ninguno, y sin que ellas contribuyan... Que cuando contribuyen, el hombre más serio parece una opereta.

Vic. Quizás no andemos lejos.

Sat. ¿Qué te ocurre?

Vic. Pues ocurre, Saturnino de mi alma, que atravesamos días de tragedia.

Sat. (Despidiéndose.) Vaya, adiós. Ya sabes que cuando hay tragedia en algún lado, yo tengo billete para otra parte.

Vic. Tranquilízate: no seré yo quien perturbe tu sereno egoísmo. No verás envenenamientos, ni puñaladas, ni groserías, no: es una tragedia de frac y de guante blanco, con sonrisas y con amabilidades aparentes, pero con recelos y con iras en el corazón de todos.

Sat. (Levantándose.) ¿De todos?

Vic. Tranquilízate otra vez. Al cocinero no ha llegado el cataclismo y nos servirá bien de comer.

Sat. No te lo decía por eso... pero realmente es un detalle tranquilizador para los convidados.

Vic. Sí; serían dos catástrofes y no te anuncié más que una.

Sat. Procedamos con orden, para que yo me entere. ¿Número de víctimas presuntas?...

Vic. Yo.

Sat. Una. ¿Quién más?

Vic. Nadie más.

Sat. ¿Tú solo? ¿Qué te pasa? ¿Neurastenia?.... ¿Enfermedad?...

Vic. Angustias.

Sat. ¿Mareos? ¿Desmayos?...

Vic. No, Angustias, mi mujer.

Sat. ¿Está ella enferma? ¿Estais enfadados? La ha vestido mal el modisto? Pues no acierto. ¿Estás celoso?

Vic. Sí...

Sat. ¿Con razón?

Vic. Sí.

Sat. ¿Con mucha razón?

Vic. ¡No!

Sat. ¡Me diste un susto! Pero en fin, ya respiro... en tu nombre.

Vic. Creo en la moralidad material, pero temo á la inclinación de espíritu: creo en su honradez, pero ya no creo en su amor por mí, ó lo he perdido ó lo he compartido.

Sat Esto último es menos malo: siempre te queda un cincuenta por ciento.

Vic. ¡Es que me lo debe todo!

Sat. Claro que sí. ¿Y quién es el otro?

Vic. No hay más que uno, ¡yo!

Sat. Exacto, exacto: fué una pregunta mal formulada. Quise decir, el otro cincuenta en espíritu.

Vic. ¿No lo has sospechado?... Gabrielito Sandoval.

Sat. ¿Gabrielito?... Oye, y por eso le pegas estocadas á San Guillermín?

Vic. Con él estoy entrenándome por si llega el caso de ir á algo más grave. No puedes figurarte las amarguras y las cavilaciones que se apoderaron de mí al convencerme de esa condenada simpatía... Vivíamos en paz... tranquilamente.. Pero la sospecha sola ha destruído mi confianza y mi sosiego. No existe nada que pueda afectar á mi decoro, nada que sea materialmente censurable, pero están en la pendiente y cualquier día... (Se interrumpe.)

Sat. Dilo en francés, si encuentras dificultades para expresar la idea en castellano.

Vic. ¿Que voy á decir?... Yo quiero á Angustias; pero no quiero conservar á la mujer sin conservar y afianzar su cariño y su estimación.

Sat. Muchas dificultades pones...

Vic. Reconozco, efectivamente, que son muchas, y por eso fueron mis cavilaciones. Pero creo que al fin he acertado con el remedio, con la manera eficaz de conseguirlo en todo la plenitud de mis deseos.

Sat. ¿Has encontrado la manera de atraer las mujeres al buen camino?

Vic. Sí.

Sat. Pues publícalo con cupón: puede que sea negocio.

Vic. Escucha. Gabrielito, cerebralmente, no es nadie: en cambio es premio de esgrima, accesit de natación y medalla de bridge... Con todo eso, que es bien poco, está el hombre tan vano y tan huero que se juzga más interesante que una película... El amor es una simpatía que se acrecenta con los disgustos y que se agranda con los obstáculos...

Sat. Y dándole facilidades viene en seguida el cansancio. Eso es muy sabido... ¿pero tú no irás á terminar el amor de ellos por cansancio, Vicente?

Vic. ¡Claro que no!

Sat. Ya decía yo.

Vic. A lo que voy es á destruir esas fuentes de simpatía. ¿Que lo admira por campeón de florete? ¡Pues campeón de florete yo! ¿Que trae copa de vermeil? ¡Pues copa de vermeil para mí!

Sat. ¿Que se cae de un tercer piso? ¡Pues que reviente! ¿Y para luchar en buen terreno es por lo que te adiestras?...

Vic. Sí. Imagínate el esfuerzo... y por añadidura ponle el tormento diario del disimulo, para que Angustias no tenga ni la más leve sospecha de mis presentimientos.

Sat. ¿Presentimientos? Tampoco me gusta el término, Vicente.

Vic. ¡A ti no te gusta nada!

Sat. Sí, sí; el estar soltero.

Vic. ¿Qué te parece mi procedimiento?... ¿Creo que voy pisando firme?...

Sat. Sí. Pero eso agradéceselo á Gabrielito Sandoval. Si se le ocurre ser aviador tendrías que andar por los aires, ¡y adiós firmeza!

Vic. ¡Pues también lo intentaría!

Sat. Eso es querer...

ESCENA III

DICHOS: ANGUSTIAS, por la derecha

Ang. ¿No te vistes?
Vic. Ahora.
Sat. (Saludando.) Estuve á darles á ustedes la bienvenida del veraneo.
Ang. Ya lo supe, y sentimos mucho no encontrarnos en casa. Vendrá usted á comer, ¿eh?
Sat. Y no hay que preguntar por la salud: el aspecto es inmejorable. Vuelve usted más deliciosa aun...
Ang. (Después de agradecer el saludo con una pequeña inclinación á Vicente.) Ha telefoneado Gabrielito Sandoval si teníamos un sitio en el palco. Le he dicho que viniera á comer y luego lo llevaríamos al teatro. ¿Te parece bien?
Vic. Muy bien.
Ang. ¿Y usted por dónde anduvo, Saturnino?
Sat. Un mes en San Sebastián, con Pepita Aguado; veinte días en Luchón, con nuestra amiga la marquesa del Picoderecho, y luego otro mes en Biarritz, que me convidó Joaquinito Rodajas, vamos, Joaquinito Bermúdez. ¿Y ustedes?
Ang. En la aldea
Sat. Aquello es precioso.
Ang. Preciosísimo. Pero créame usted, que cuatro meses de paisaje le bastan á cualquiera para enterarse bien...

ESCENA IV

DICHOS: CATALINA, por foro

Cat. Buenas noches.
Ang. Buenas noches, Catalina.
Vic. Dispense usted que la reciba con esta bufanda. He tirado ahora mismo y descansaba un rato.
Sat. ¿Cómo va desde Biarritz?
Cat. Perfectamente.

Ang. ¿Y tu marido?

Cat. Vendrá un poco más tarde. Tenía junta ó consejo de administración... una cosa de esas que á veces son verdad.

Vic. ¿Y por qué no han de serlo siempre? Los asuntos de Banca tienen...

Ang. Ya sabemos lo que tienen. Anda, vístete.

Vic. Voy. ¿Vienes tú, Saturnino?

Sat. Si ustedes lo permiten...

(Mutis Vicente y Saturnino, por izquierda.)

ESCENA V

ANGUSTIAS y CATALINA

Cat. Ya estaba ansiosa de hablar contigo. ¿Qué significan esos telegramas tan urgentes y y esas locuras de tus cartas, y hoy esa tarjeta tan apremiante para que no dejara de venir?...

Ang. No lo sé yo misma: llevo una mala temporada de nervios, de aburrimiento y de coraje. Y los cuatro meses de aldea, solitarios, haciendo solitarios de noche, después de haber hecho de salvaje durante el día, acabaron de ponerme frenética. ¡No puedes figurarte los caballos de oros y los reyes de espadas que han perecido á mis manos!

Cat. ¡Pobrecitos! porque mucha culpa no tendrían.

Ang. ¡He pasado un verano que no se le deseo ni á una amiga más joven!... ¡Rabiosa y contrariada, como no hay quien se lo imagine! Y para colmo á Vicente, que es un egoísta, se le ocurrió ocuparse de mí asiduamente.

Cat. ¿Es un egoista y se ocupa de tí?... No lo comprendo, pero no importa: sigue.

Ang. Para todo hace falta oportunidad: hasta para los halagos, que á destiempo mortifican.

Cat. Eso sí.

Ang. No sabes lo que es oir á cada minuto: «Monina, ¿quieres pasear? Monina, ¿quieres quedarte?...» ¡Y este martirio empezaba á las seis de la mañana!

Cat. ¿Te despertaría...?

Ang. Me despertaba. Y además le dió por hacer ejercicio.

Cat. ¿Contigo?

Ang. No, sólo. Y cuando no andaba á estocadas con algún muñeco ó á balazos contra alguna pared hacía gimnasia ó montaba á caballo, tres leguas al amanecer y tres por la tarde... ¡y siempre al trote, al galope...! tuvo que comprar tres caballos, porque los reventaba.

Cat. Y tú los rompías. Mal año para los caballos...

Ang. Malo. Y eran los que mejor lo pasaban en nuestra finca.

Cat. Pues habrá sido una delicia el veraneo. ¿Y qué le ocurre á tu marido para esa fobia de sports? ¿Está enfermo?

Ang. Como un roble de fuerte.

Cat. ¿Y entonces?

Ang. Ganas de ponerse en evidencia.

Cat. Eso lo podrías decir con fundamento si lo derrotaran, pero saliendo vencedor en los asaltos y llevándose los premios en los concursos...

Ang. ¿Y qué premios trae? Una copa de plata que no vale diez duros.

Cat. Eso será tacañería del que ofrece.

Ang. Y torpeza del que consigue. Un hombre discreto no se pone en fila para disputar una miseria.

Cat. Generalmente luchan más por el honor de ganar...

Ang. Pues tampoco; un marido discreto no se juega diez duros de honor en ninguna parte. Y lo que me da más rabia de todo es que lo hace por envidia.

Cat. ¿Envidia de quién?

Ang. De Gabrielito Sandoval.

Cat. Aah...

Ang. ¿Por qué dices aah...?

Cat. Si te molesta diré ooh...

Ang. No me molesta, pero si no tienes un interés especial prefiero que no lo digas. Pues eso es lo peor: yo no le niego á Vicente sus cualidades y sus méritos... ¿pero qué necesidad hay de ponerse en parangón con los muchachos? ¿No crees tú?

Cat. Efectivamente. ¿Y Gabrielito sigue en amores con aquella coja que quiso ser bailarina?

Ang. Eso es una calumnia.

Cat. ¿No es coja?

Ang. Lo de los amores.

Cat. Lo decían...

Ang. Pues que digan lo que quieran. A mí me constan positivamente que no es cierto.

Cat. ¿Y cómo te consta?

Ang. Porque me lo ha jurado el mismo Gabriel.

Cat. Aah... (Rectificándose á escape.) ooh...

Ang. Te advierto, Catalina, que te equivocas completamente en lo que piensas. Es decir, completamente no, pero mucho. Vamos, mucho tampoco, pero algo.

Cat. No rebajes más, que ya no queda de dónde.

Ang. Con la amistad nuestra yo no voy á ocultarte la verdad. Es lo cierto que tengo una inclinación por Gabrielito, pero es una inclinación .. ¿cómo te diré yo...? Una inclina ción casi recta.

Cat. Cuidado...

Ang. No, no. Lo admiro mucho, lo aprecio mucho, pero ni él ni yo somos capaces de una felonía, ni siquiera de una incorrección. Lo nuestro es algo inmaterial, espiritual...

Cat. Tratándose de un hombre de sport, así tenía que ser...

Ang. ¡Créelo! Si nos oyeras, te convencerías de la elevación de nuestros sentimientos.

Cat. No me confundas más. Ya me formo idea de la pureza de vuestros propósitos. Sois dos almas que coincidís en el tiro de pichón.

Ang. Aunque te burles, es verdad que coincidimos en un afecto recíproco y leal, como Pablo y Francesca, como Abelardo y Heloisa... ¡como Abelardo, no...! como Dante y Beatriz. ¿No lo encuentras muy hermoso y muy digno?

Cat. Yo mucho: no sé Vicente qué opinión tendrá...

Ang. ¿Piensas que le importan ó que le preocupan mis sentimientos? Absolutamente nada: cuando te digo que es un egoista... Pero á pesar de todo, son tan profundas las raíces

del afecto familiar, que yo quisiera apartarme y romper, pero con Gabriel me sucede un fenómeno muy extraño y que me inquieta enormemente.

Cat. ¿Andais ya en fenómenos? Inquiétate, inquiétate...

Ang. Comprendo demasiado que no debo dejarme arrastrar por la excesiva simpatía que le profeso y con todas las fuerzas de mi alma voy siempre en busca de una razón que lo descalifique á mis propios ojos... pero desgraciadamente no la encuentro.

Cat. ¿Es perfecto?

Ang. Me lo parece. Y todas las razones, todos los argumentos, aun aquellos que empiezan en contra suya, van á terminar en su elogio y en su alabanza.

Cat. Ese hombre no merece andar por el mundo: ponlo en una vitrina.

Ang. Y como si aun fueran pocos sus méritos personales, Vicente se ha propuesto hacerlos resaltar á diario con esa parodia de todas las proezas del otro.

Cat. ¡Pobre Vicente! Mala cosa es el no tener razón, pero aun es cien veces peor el que no nos la quieren dar.

Ang. ¡Tú siempre defiendes á mi marido!

Cat. Es el más descabalado. Y lo de mal tono, si acaso, sería defender al mío, pero al tuyo no. Es casi una obra de caridad.

Ang. Se lo diré para que te lo agradezca.

Cat. No es menester.

Ang. Como quieras.

ESCENA VI

DICHOS: GABRIEL por foro

Gab. ¿No estorbo?

Cat. Nunca.

Gab. (Entrega un manojo de claveles á Angustias: saludos.) Y muchas gracias, Angustias.

Ang. ¡Ay, qué lindos! ¿Pero dónde encuentra usted estas preciosidades?

Gab. En la voluntad de ofrecerlas.

Ang. (A Catalina.) Mira qué claveles... ¡son únicos!

Cat. También él es único.

Gab. Hijo único. ¿Se refiere usted á eso, Catalina?

Cat. Evidentemente.

Gab. (A Angustias.) Mil perdones por la libertad que me tomé, pero me interesaba la ópera y no había ya ni una butaca.

Ang. Teniendo palco nosotros, no necesitaba usted preguntarlo. (Va á la mesa á dejar los claveles, prendiéndose uno: Gabriel hace una reverencia de graciae y se sienta.)

Cat. ¿Ha ganado usted algo hoy?

Gab. Verlas á ustedes.

Cat. Pero algo práctico. ¿Ni una mala copa?

Gab. Ni un sorbo. Nada.

Cat. ¿Pues día perdido, eh...? (Se acerca á la mesa: preguntando por los del jarro.) ¿Y estos claveles?

Ang. No sé: los habrá traído Vicente...

Gab. Ya se enterarían ustedes de que suspendieron el concierto de mañana en casa de Matildita Prado...?

Cat. ¿Quién tocaba?

Gab. El cuarteto de siempre: Matildita, el piano; Rosario y Mercedes, el arpa, y Pepe Nállez, el violín.

Ang. ¿Por qué lo suspendieron?

Gab. Porque no llegaron á ponerse de acuerdo en las obras que habían de tocar.

Ang. Pues eso también les pasa en las que tocan. Van fiados á la inspiración... Y así les sale. (Marcha.)

Cat. (Deteniéndola.) Mira, Angustias. (A media voz y señalando los claveles del jarro.) Uno.

Ang. ¿Uno qué?

Cat. Dos...

Ang. ¿Dos qué?

Cat. Tres...

Ang. (Impaciente.) ¿Tres qué? ¡Concluye!

Cat. Tres iguales á ese único que te has prendido.

Ang. ¿Será posible que te lo parezcan?

Cat. Tan posible como por lo visto lo es el que no te lo parezcan á ti.

Ang. Dices unas bobadas... (Y marcha á sentarse.)

Cat. ¿Yo?...

Ang. ¿Correrá usted en estas carreras de otoño, Gabriel?

Gab. No está decidido todavía: sigue mal la yegua. Y además aseguran que habrá elecciones para esa fecha.

Ang. ¿Y tendrá usted que correr en el distrito?...

Gab. (Cogiendo las dos manos de Angustias, ríe.) Es usted adorable, Angustias!

Ang. (Riendo y dejándose.) No sea usted exagerado, por Dios...

Cat. (Los mira y vuelve la cabeza discretamente. Aparte.) ¿A que soy yo la que tengo que correr?...

Gab. (Soltando ya.) Pero aun confío en que aplazarán las elecciones: después de todo, á nadie le importan...

ESCENA VII

DICHOS. JUANA, por derecha

Juana Señorita Catalina... su marido de usted que si hace usted el favor de acercarse al teléfono.

Cat. Voy.

Ang. (Levantándose, se aproxima á Catalina.) ¿Le ocurrirá algo?

Cat. Ahora lo sabré; pero más bien temo que haya alguna confusión y que no sea mi marido.

Ang. ¿Y eso?

Cat. No es suyo esto de llamar con tanta oportunidad.

Ang. ¿También tú?...

Cat. El contagio. Perdona un instante... (Mutis Catalina y Juana por derecha.)

ESCENA VIII

ANGUSTIAS y GABRIEL, sentados

Ang. Esta Catalina es muy... (Gabriel, rápidamente, le da un toquecito de atención.) simpática. ¿Qué es?

Gab. No fuera á volver de pronto...

Ang. Alabándola, aunque lo oiga...

Gab. Pero es que yo creí que iba usted á quitarle el pellejo.

Ang. ¡No, hombre!

Gab. Como es tan natural...

Ang. Yo no suelo guardar malas ausencias de mis buenas amistades.

Gab. Nunca, nunca. Ahora que esta podía haber sido la excepción.

Ang. Pues no lo era, pero me explico el miedo de usted... No ignoro que hay esa pícara costumbre: también dirán de mí algún horror.

Gab. Sí, señora. Igual que de todos. ¿A mí no ha oído usted criticarme?

Ang. Pocas veces...

Gab. ¿Pero alguna..?

Ang. Alguna sí...

Gab. ¿Y usted no me defendió?

Ang. ¡No! Bastaría un poco de entusiasmo en la defensa para que lo pusieran á usted como nuevo. No. Lo que procuro, cuando las tijeras recortan en una persona de mi estimación, es contar inmediatamente algún chismecito ó alabar el traje de alguna amiga ausente, y sobra con eso para que lo dejen á él y la tomen con ella.

Gab. (Insinuante.) Es usted divina, Angustias...

Ang. (Mira con inquietud hacia izquierda: luego con naturalidad.) ¿Cómo decía usted, Gabriel?

Gab. Que no hay mujer que tenga los encantos de usted...

Ang. ¿Ay, no? ¿Pues qué tienen?... ¿O qué les falta?

Gab. La distinción y la armonía, que son personalísimas de usted... (Cogiéndola del brazo.) Es usted como una sonata de la que se oyera un solo acorde melodioso.

Ang. (Haciéndole soltar.) Que se oyera... y que no se tocara muchas veces para evitar la monotonía.

Gab. ¡Eternamente! No sea usted esquiva, Angustias...

Ang. (Queriendo evitar la intimidad.) ¿Qué cantan esta noche?

Gab. (Malhumorado.) No sé.

Ang. ¿*Fausto?*

Gab. *Fausto* ó las *Valkyrias* ó Villancicos. Lo que usted quiera. Pero haga usted la merced de escucharme á mí en este momento. Que por muy hermoso que sea lo que canten, no se lo han de cantar á usted hasta luego, y ahora estoy hablando yo.

Ang. ¿Como usted me dijo por teléfono que le encantaba la ópera de hoy?...

Gab. No haga usted caso del aparato: por teléfono hay que ser muy prudente.

Ang. Pues ande, vamos al teléfono.

Gab. Está Catalina... A mí lo que me importaba, de lo que yo tenía ansia después de tanto tiempo alejados, era de mirarla á usted y de averiguar si no he perdido aquel poco de afecto, que era mi mayor orgullo.

Ang. Deje usted esa conversación...

Gab. ¡Imposible!

Ang. (Severa.) ¡No empecemos, Gabriel!

Gab. Pero Angustias...

Ang. ¡He dicho que no!

Gab. (Obedeciendo.) Bueno, bueno; lo que usted mande.. lo que usted disponga... lo que á usted se le antoje... Pero también ha de convéncerse usted de que si no empezamos alguna vez, no vamos á seguir nunca.

Ang. Y así debe ser. Comprenda usted que es una locura.

Gab. Lo comprendo, sí señora, y la prueba es que también yo se lo propongo á usted como locura... pero tan sublime que por nada del mundo renunciaría á ella. Tenga usted piedad, Angustias. Yo no vivo más que para usted, ni pienso más que en usted: el resto, por importante que sea, no cuenta para mí. Ayer mismo, en la Casa de Campo, erré dos pichones facilísimos... pero fué que se me apareció la imagen de usted... y tiré para otro lado.

Ang. ¿Y por eso no se llevó usted el premio?

Gab. ¡Por eso! ¡Eran facilísimos! Como que todos se extrañaron de que no los acertara.

Ang. Pues hay que enmendarse para lo sucesivo, y aunque mi culpa no sea muy grande ni muy voluntaria, créame usted, Gabrielito,

que siento mucho el haber tenido la culpa de que usted marrase.

Gab. Usted no; la imagen.

Ang. Y ese desacierto de ayer prueba, además, que no es muy exacto lo que usted jura, que de llevarme siempre en el pensamiento, no hubiera salido de improviso entre pichones y exponiéndome á una perdigonada ideal.

Gab. Eso no. Niéguese cuanto guste, que tal vez tenga usted mucha razón, y mucha más tratándose de mí, que no la merezco á usted, pero le suplico á usted que no dude de mis palabras.

Ang. No es cuestión de merecer, que lo considero á usted muy digno de todo afecto: es otro orden de ideas exclusivamente mías y que crean una imposibilidad absoluta.

Gab. Imposibilidad no, ninguna: si viera usted qué posible es...

Ang. No quiero verlo.

Gab. No sea usted cruel... ¡Si usted supiera lo que yo he sufrido este verano aguardándola á usted inútilmente!...

Ang. No pude salir de la aldea.

Gab. No logré divertirme en ninguna diversión; preocupado siempre con la ausencia de usted y queriendo explicármela, pero sin conseguirlo jamás, fuí la tristeza personificada. En Biarritz me decían todos que yo era un frac sin alma.

Ang. ¿Quien se lo dijo primero fué un poeta... ó un sastre?

Gab. ¡No se burle usted!... ¿Por qué no ha ido usted á Biarritz?... (Cogiéndola del brazo.) Quizás alguna imposición, alguna tiranía...

Ang. Le ruego á usted que no toque ese punto... ni ese. (Quitando la mano.)

Gab. ¿Tiene usted alguna queja contra mí?

Ang. Ninguna; al contrario. Pero no puede ser, Gabriel, no puede ser.

Gab. Aunque sea mucho para mí, pido tan poco de usted, que es mala voluntad el negarlo. Me conformo con una palabra afectuosa. ¿Aun es pedir demasiado, Angustias?...

Ang. ¿Y me promete usted que ni entre nosotros

mismos se volverá jamás á repetir esa palabra?

Gab. ¡Sí!

Ang. Pues bien, Gabriel, tengo por usted una gran simpatía... (Rechazándolo.) Pero jamás, jamás.

Gab. (Muy digno.) Jamás, jamás.

ESCENA IX

DICHOS. CATALINA, por derecha

Cat. ¡Jamás! No sé lo que es, pero ustedes y yo tenemos tiempo para desdecirnos.

Gab. Con mucho gusto.

Ang. ¡Jamás! ¿Qué le pasaba á tu marido?

Cat. Que le dispenseis cinco minutos, porque se ha enredado la Junta... ó porque se ha enredado en la Junta... No le pude entender eso bien.

Ang. Demasiado lo entiendes tú.

Cat. Algunas veces que otras, aunque lo aparento, no lo juraría.

Ang. Eso es verdad, que en muchas ocasiones, en muchas, no hay nadie tan distante de nosotros como los que están á nuestro lado.

Cat. Vicente...

Ang Quizás...

Cat. Que está ahí Vicente.

Ang Ah...

ESCENA X

DICHOS; VICENTE y SATURNINO por izqüierda

Gab. (Yendo á saludarle.) Perdone usted que me tomara la libertad de pedir un sitio en el palco...

Vic. Encantado, pollo, encantado.

Cat. (Aparte á Angustias.) Dice que encantado.

Ang Si le vas á llevar la cuenta de las mentiras te traeré papel y lápiz.

Cat. ¿Tantas dice?

Ang. Le odia.

Cat. En otras cosas puede que esté más desacertado.

Ang. Y en esta.

Cat. ¡Jamás!... ya lo sé, porque lo cantabais al entrar yo.

Ang Y en ese tono seguiremos. (Llamándolo.) Gabriel... ¿estuvo usted en el banquete á Rupertini?

Gab. (Acercándose.) Sí señora. He tenido el honor de ser uno de los organizadores.

Ang Es un tenor maravilloso.

Gab. ¡Y qué artista! ¡Colosal! ¡Siempre esclavo de su arte!.. Yo lo pude apreciar en el almuerzo de ayer.

Cat. Es el mejor sitio...

Gab. ¿Qué dirán ustedes que lleva Rupertini?

Ang. ¿Un cubierto de oro?

Gab. No.

Cat. ¿Bicarbonato?

Gab. No. No lo acertarán. Pues lleva un cronometrador.

Ang. ¿Dónde?

Gab. En el cinturón. A medida que come, lo va mirando, y así que la aguja marca el límite de capacidad, incompatible con la esbeltez, ya no hay quien le haga tomar ni una almendra.

Ang ¡Admirable! ¿Verdad, Catalina?

Cat. Verdad, Angustias.

Ang. Ahora que ese hombre no puede decir nunca que se le acaba el apetito sino que se le acaba el cinturón.

Gab. Es un sacrificio, ¿eh?

Cat. ¡¡Inmenso!

Sat. (Aparte á Vicente.) ¿Sabes lo que estoy pensando, Vicente? Que exageras un poquito los desvíos de tu mujer. Le traes un manojo de claveles y ni siquiera te da las gracias. Pues te equivocas en ese desprecio: prendido lleva uno... y eres tú el que ni siquiera lo has mirado.

Vic. (Gozoso.) ¿Sí?..

Sat. (Llamándola.) Angustias...

Ang. (Volviéndose.) Saturnino...

Sat. ¿Quería usted creer que el marido está diciéndome piropos de usted?

Ang. ¿Se fija en mí todavía?...

Vic. Todas las veces que tú lo notas .. y algunas veces más.

Ang. (Con una reverencia un poquitito burlona.) Muchas gracias, señor marido. ¿Y por qué eran los elogios?

Sat. Por el traje... por la manera de llevarlo...

Vic. Y por ese clavel, que más parece brote que adorno.

Cat. ¡Pero qué cosas te dice tu marido!

Ang Esto no es natural...

Cat. ¡Qué ha de ser! Llama al médico.

Gab. La felicito á usted por el idilio...

Ang. ¿Usted cree?... (Siguen hablando Angustias y Gabriel.)

Cat. Va usted á ser la admiración de todas las casadas, Vicente.

Vic. (Acercándose.) ¿Por tan poco? (Viendo el ramo. Aparte á Catalina.) ¿Y esto?

Cat. Claveles...

Vic. ¿Quién los trajo?

Cat. Gabrielito...

Vic. ¿Y el que lleva en el pecho, de Gabrielito?... Voy á ser la admiración de todas las casadas, pero no voy á ser la envidia de todos los maridos.

Cat No tiene nada de particular...

Vic. Absolutamente nada. (Yendo á Saturnino.) Hay que concluir de una vez.

Sat. ¡Cuidado!

Vic. ¡Cuidado tendré, pero hay que concluir.

Cat. Aún no le di á usted la enhorabuena, Vicente.

Vic. ¿Por?...

Cat. El premio del tiro.

Vic. Bah... Muchas gracias.

Gab. El sábado hay otra tirada.

Ang Pues el sábado veremos.

Vic. Eso es; veremos...

Gab. Y los regalos son magníficos. La presidenta, la Marquesa de Florinalto... (Confidencialmente, á Angustias.) Pitichú Carrasco...

Ang (Muy enterada.) Sí, sí; la mujer de Paquito.

Vic. Y la de Juanito.

Ang (Severa.) ¡Vicente!

Vic. En segundas nupcias.

Ang. Eso sí.

Vic. No creo haber dicho otra cosa.

Gab. Bien, pues la presidenta ha enviado un bronce estupendo, auténtico, de Carrara. Y la Vice, que no ha querido ser menos, aunque lo es siempre, esta vez se ha lucido y mandó un mármol admirable, un Apolo del famoso Belvedere.. .Me parece que son dos firmas, eh?

Cat. Dos firmas, Gabrielito.

Vic. ¿Pero usted piensa que Carrara y Belvedere son dos escultores?...

Gab. ¿No es más que uno? (Burlándose.)

Vic. A no saberlo, sí, uno: usted...

Gab. (Levantándose.) ¿Cómo, cómo?...

Vic. Siéntese usted, pollo, siéntese usted. Estará usted más seguro...

Gab. ¿Pero va usted á negarme la existencia de Belvedere?

Vic. Es un sitio.

Gab ¿Un sitio? A mí me sonaba á nombre de persona.

Vic. Bastante es. Siéntese usted, pollo, siéntese usted...

Ang (Aparte á Catalina.) ¿Tú ves cómo se complace en mortificarle?

Cat. Fíjate, que ha metido dos escultores á la vez...

Ang ¿Y qué? Supongamos que realmente cometió un error... Pues la corrección está en disimular cuando se dice una torpeza, que cuando no se dice, maldita la falta que hace el disimulo.

Gab. (Yendo á Angustias.) He de enterarme: ahora no quiero disputar.

Ang Se lo agradezco á usted.

Vic. (Aparte á Saturnino.) Es un ignorante.

Sat. Pero no lo hagas resaltar demasiado: se mortificará.

Vic. Eso busco.

Sat. ¡Me vais á dar la cena! ó mejor dicho, no me la vais á dar. Lo estoy viendo.

Cat. No tiene nada de particular esa confusión.

Gab. Yo no soy un hombre de ciencia, ni lo pretendo; pero vamos, no me gusta que me enmienden la plana.

Ang No fué ese el propósito...

Gab. No es por echármela de sabio, pero á mí no me coge de nuevas hablar de Napoleón, de Julio César..

Vic. ¿Que hizo Julio César?

Gab Fué un general romano.

Vic. ¿Y qué hizo?

Gab. ¿Cómo qué hizo?

Ang Vaya una pregunta tonta: hizo lo que hacen todos los generales... y algunos particulares. Pelearse á todas horas.

Vic. ¿No recuerda usted algo más de Julio César?...

Gab. Yo no he venido aquí á exámenes.

Vic. Claro que no. Y si hubiera usted venido, bastaba con sus respuestas para una calificación muy honrosa.

Gab. ¿Quiere usted lucirse ante las señoras con alguna erudición de momento?

Ang (Aparte á Vicente.) Hazme el favor de no seguir con impertinencias.

Vic. Terminadas. Pero reconocerás que intelectualmente no vale un céntimo este Gabrielito...

Ang Ni lo pretende: ya te lo ha dicho él.

Gab. (Aparte á Catalina.) Me da el corazón que el marido quiere pelea conmigo...

Cat. Pues esté usted sobre aviso.

Sat. No crea usted, Gabriel, que yo sé mucho más de los Emperadores... ¡Y si viera usted qué bien lo voy pasando...

Gab. Como que no hacen falta para nada.

Sat. Y cada día menos. Dentro de quinientos años verá usted cómo el hablar de Emperadores es lo mismo que hablar del hombre de las cavernas ó del trogotripliceno...

Cat. Opino como ustedes; nada de historia... y en cambio, muchas historias.

Ang No, no, si todo está bien, pero con oportunidad. Lo que me parece deplorable es que se exijan certificados de sabiduría á los que no hacen ostentación de sabios. ¡Esas sí que son victorias fáciles!... Lo noble sería luchar en el mismo terreno.

Vic. Tienes razón. (A Gabriel.) Le pido á usted mil perdones por haberlo atraído á un terreno

que no es el suyo habitual, y ya que obtuve esa victoria facilísima, quiero darle á usted el desquite en donde la fama le adjudica sus mayores triunfos.

Gab. No se moleste usted...

Vic. Al contrario: tendré una gran satisfacción en que usted admita mis disculpas de ese modo.

Gab. (Yendo á Vicente.) Si usted lo exige, y únicamente por obedecer...

Ang. (Aparte á Catalina.) Vicente se va á poner en ridículo otra vez... ¡Pero que afán tiene de singularizarse!

Cat. Esto de ahora es una compensación... una humildad suya: á sabiendas de la derrota, es eminentemente evangélico.

Gab. Usted dirá.

Vic. Angustias.. ¿quieres hacer el favor de quitar los claveles un momento...?

Ang. (Enojada.) ¿Quitarme el clavel? ¿Por qué?

Vic. No, no; no has oído bien ó lo dije mal: quitar los claveles de la mesa.

Sat. Ya voy yo...

Cat. Y yo.

(Angustias, Catalina y Saturnino quitan los cacharros y flores, dejando libre la mesa; Vicente coge un par de sillas, colocándolas al lado de la mesa.)

Vic. Es usted, según dicen, un gran pulsador: yo lo soy muy mediano. ¿Quiere usted hacerme el honor de vencerme?

Gab. Conste que es por exigencia de usted.

Vic. Constando así.

Cat. (A Angustias.) ¿Por quién apuestas?

Ang. Por Gabriel.

Cat. Y yo. ¿Quiere apostar, don Saturnino?

Sat. No, señora. Porfiar todo lo que á usted le dé la gana, pero apostar nunca.

(Pulsean y al fin vence Vicente.)

Gab. Me resbaló el codo.

Vic. Eso me pareció. No vale. Empecemos de nuevo.

Ang. (Aparte á Saturnino.) ¡Lo va á vencer! ¡Qué lástima!

Sat. Que lástima... ¿por quién?

Ang. (Después de una indecisión, confusa.) No sé...

Sat. Pues sí que es una lástima... el no saberlo.

(Van siguiendo con afán la lucha; al fin vence de nuevo Vicente.)

Ang. (Como si le doliera físicamente la derrota.) ¡Ay!

Cat. (Burlona.) Ay...

Sat. (Respirando fuerte y satisfecho.) ¡¡Ah!!

Gab. (Malhumorado.) Me venció usted á mí...

Vic. (Cortés.) Lo siento...

Gab. No hacen falta más pruebas. (Aparte á Catalina.) Es más fuerte que yo..

Cat. Ha estado cinco meses preparando este minuto.

Gab. ¿Sí...?

Ang. (Aparte á Vicente.) ¡Es ridículo lo que haces...!

Vic. Quizás no tanto como tú lo piensas.. Hemos convenido en que intelectualmente no merece ningún aprecio este Gabrielito: en el terreno físico, que es el suyo, me parece que tampoco vale nada.

Ang. El pulso no significa más que habilidad, pero no fuerza ni valor...

Vic. ¿Que es lo suyo?

Ang. Claro. (Y marcha hacia Gabriel.)

Sat. (Aparte á Vicente.) Cuidado, Vicente...

Vic. Su aureola es de fuerza y de valor... ¡También vamos á ver eso! Quiero que no tenga razón ninguna para esta injusta preferencia.

Sat. Y lo conseguirás. (Aparte.) ¿Pero quién demonio le habrá dicho á este hombre que las simpatías se destruyen con razones?

Gab. (Aparte á Catalina.) ¿De modo que pretende darse en espectáculo á costa mía?

Cat. No, no...

Gab. Pues lo va á realizar un poco más de lo que él se figura.

Cat. Cuidado...

(Gabriel, sonriente, se disculpa, tranquilizándola y avanza hacia Vicente.)

Ang. (Aparte á Catalina.) Estoy nerviosa y avergonzada. Es una villanía lo que hace Vicente con este pobrecito Gabriel...

Cat. Villanía, conforme; de Vicente, conforme; pero ya no estoy de acuerdo en lo de pobrecito para Gabriel... ¿no es casi un héroe..?

Ang. Y si lo fuera... ¿á ti no te daría pena que humillaran y que vencieran á su héroe..?

Cat. Muchísima.

Ang. Pues ahí tienes mi caso.

Sat. (Interviniendo en la conversación de Vicente y Gabriel.) Se equivoca usted, Gabriel; en Vicente no hay ánimo preconcebido de zaherirle á usted...

Gab. Yo apostaría por que lo hay.

Vic. No señor...

Gab. Lo único que me sorprende es la elección de lugar... y la elección de recursos.

Vic. ¿Preferiría usted otros...?

Gab. ¿Quién lo duda?

Vic. ¿Cuáles?

Gab. Si no estuviéramos aquí...

Vic. Es que si no estuviera usted, yo aun quedaba más agradecido.

Gab. Eso es insultarme.

Vic. Usted lo apreciará.

Sat. Pero señores...

Gab. Dé usted gracias á que...

Vic. (Zarandeándolo.) ¿A qué, zascandil, á qué?

(Revuelo, voces, intento de separarlos, hasta que Vicente de un empellón lo echa á rodar.)

Ang. ¡Vicente, tu conducta es ridícula!

Vic. Ni listo, ni hábil, ni fuerte. ¿Eso es lo que vale á tus ojos?

Gab. Me dará usted una satisfacción.

Vic. ¿Una más? Se la daré á usted.

ESCENA XI

DICHOS; JUANA, por derecha

Juana Los señores están servidos.

Sat. ¡Y tan servidos!

Cat. (Aparte á Angustias.) Lo ha vencido en todo.

Ang. En todo lo ha vencido, en todo lo ha humillado. ¡Pobrecito! Siquiera que tenga el consuelo del amor...

Cat. (Asombrada.) ¡¡Angustias!!

Ang. (Yendo á él.) Gabriel, le suplico á usted que me perdone porque en mi casa haya ocurrido este incidente desagradable...

Vic. Después de todo, estoy satisfecho: esa mujer ya no tiene ninguna razón para admirar á ese hombre. (Aparte á Saturnino.)

Sat. Evidentemente que no.

Vic. ¡La he reconquistado!

Sat. Creételo... yo también lo creo.

Gab. (Aparte á Angustias.) ¡Gracias, Angustias, gracias! (Alto.) ¿Me permite usted retirarme, señora?

(Una reverencia y mutis Gabriel por foro.)

Vic. Dispénseme ustedes... pero ese mequetrefe lleva lo que merece.

Cat. (Aparte á Angustias.) No sabe lo que se lleva....

Ang. (Cogiéndose del brazo de Catalina.) Merece mi cariño, ¿no es verdad?

Cat. Sí, mujer, sí. Para disuadirnos de lo que nosotros queremos no han servido nunca las razones de los demás. (Mutis por derecha.)

Vic. (Aparte á Saturnino.) Soy muy feliz. Tengo la seguridad de que esta mujer se volverá cariñosa conmigo.

Sat. No me sorprendería nada... ¡pero nada! (Van saliendo, deja pasar á Vicente y volviéndose rápido á Juana le dice:) Preciados, 14... (Mutis; Juana los sigue.)

TELON

Mayo, 1913

Obras del mismo autor

Aire de fuera.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)

El abolengo.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Cuarta edición.)

María Victoria.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Segunda edición.)

Por que sí.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Español. (Segunda edición.)

La estirpe de Júpiter.

Alta comedia en cuatro actos y en prosa, estrenada en el teatro Novedades de Barcelona.

La divina palabra.

Comedia dramática en tres actos, estrenada en el teatro de la Comedia. (Segunda edición.)

La cizaña.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Tercera edición.)

Lo posible.

Juguete cómico en un acto y dos cuadros, estrenado en el teatro de Lara.

En cuarto creciente.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

El ídolo.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

Añoranzas.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

La fragua de Vulcano.

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

El mismo amor.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

El ídolo.

Comedia en dos actos y en prosa. (Refundición.)

Nido de águilas.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el tro Lara. (Tercera edición.)

Santos e Meigas *(Idilio campesino).*

Zarzuela en un acto y tres cuadros, música de los mestros Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.

Cuando ellas quieren...

Comedia en un acto y en prosa, estrenada en el teatro Salón Regio.

Cuando ellas quieren...

Comedia lírica en un acto y en prosa, estrenada en el teatro Cómico.

Lo que engaña la verdad.

Paso de comedia en prosa, estrenado en el Teatro Español.

El Caballero Lobo.

Fábula en tres jornadas y en prosa, estrenada en el teatro Español.

La magia de la vida.

Comedia lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Ruperto Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

La fuente amarga.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro de la Princesa.

Clavito.

Paso de comedia en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Salón Nacional.

El buen demonio.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

La raza.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro de la Princesa. (Segunda edición.)

Lady Godiva.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro de la Princesa. (Segunda edición.)

Doña Desdenes.

Comedia en tres actos, estrenada en el teatro de la Princesa.

Flor de los Pazos.

Comedia en dos actos, estrenada en el teatro Lara.

La razón de la sinrazón...

Quisicosa en un acto y en prosa, estrenada en el teatro de la Comedia.

Precio: UNA peseta